

QUINTO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE PAULO FREIRE

Luis Porter*

En julio de 1982 tomé un curso de verano que impartió Paulo Freire en el Boston College de Massachusetts. Freire era un asiduo invitado a esa hermosa región del este norteamericano.

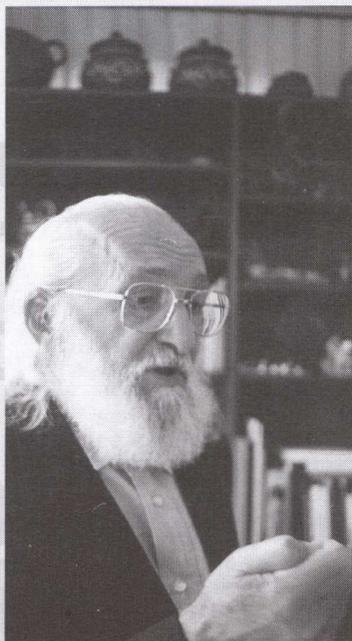
Años antes había pasado una residencia en la Universidad de Harvard y allí escribió, en un departamento de la calle Broadway, su primer libro de gran éxito, "Pedagogía del Oprimido". La bella ciudad de Cambridge le dio tiempo y paz para trabajar la obra. En Harvard no lo aprovechaban demasiado, quizás porque todavía no era la figura que llegó a ser.

El 7 de julio de 1982 comenzamos el curso de verano. La primera sesión la dedicó a presentarse ante nosotros, recordando su niñez. Guardo conmigo un cuaderno con las notas del curso. Voy a transcribir las anotaciones que hice durante aquella memorable clase, como una forma de sumarme a este homenaje. Estas notas, que reproduzco fielmente, aunque no provienen de una grabación, dicen así:

"Nací en Recife, de familia cristiana. El Nordeste de Brasil es una región dramática. No voy a darles una biografía oral, pero es importante para explicar quién soy. El gran respeto de mi padre para diferenciar su rol del de mi madre. El machismo es muy fuerte allí. A los 7 años le pedí a mi padre que me llevara a hacer la primera comunión. El no creía en ello, pero respetó mi pedido. Era tolerante. Su ejemplo fue el cincuenta por ciento de mi educación. No me manipuló. Respetó mi elección. Me habló de amor. Su influencia fue grande sobre mí. Mi madre me guió por el cristianismo. Murió cuando yo tenía 16 años. Jamás tuve un ejemplo de falta de respeto por los demás.

La ideología machista, intelectualmente la he superado. Pero reconozco una incapacidad para cocinar, que no es incapacidad, sino ideología. O sea, es una resistencia. En un programa de TV a 30 millones de espectadores yo dije que "también era una mujer". Mis prejuicios sexuales hoy los veo de otra manera. Hay que aprender a amar. Estamos en un proceso de "llegar a ser" (to become). Debemos respetar el "becoming" del otro. No debemos manipular, distraer el ser del otro, aunque quizás no nos guste.

Me casé con Elza. Ella tenía más edad y ganaba más. Ahora yo soy más viejo. No podemos dibujar el perfil del que amamos. A veces me digo, "yo no me casé con esta Elza, sino con otra". Pero ella puede decir lo mismo de mí. Es necesario establecer un diálogo. Es la única forma de seguir juntos. Cuando me casé empecé a aprender haciendo. Mi formación fue también mi matrimonio. Vivir juntos es un desafío difícil. La posibilidad de ser ocurre cuando hay humildad. Es necesaria la humildad para convivir. No ser mal tocado por las diferencias con el otro. Aprender junto con los niños y la esposa.



* Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México D.F.

Regresé al pueblecito donde nos mudamos después de la depresión, a ver mi casa, la misma donde murió mi padre. La casa donde tuve hambre (en Jamboa), el río donde pescaba. La tienda donde robaba azúcar morena. También he ido a mi antigua casa en Recife. Los mismos árboles de mi niñez. Estaba en los suburbios. Cuando regresé, la sociología había cambiado y también mi psicología. Pero lo que viví en aquella casa constituye un momento dramático en mi vida. Extrañaba mucho a mi padre. Mi emocionalidad estaba rota. En este proceso yo trataba de recuperarme, de restaurarme. Lo hacía a través de una exacerbación sexual. Las mujeres iban a lavar al río y se bañaban desnudas. ¡Mi sexualidad mejoró!... Estoy escribiendo un libro acerca de la historia de mi práctica. Elza me dice que no toque este tema, lo llama "psicolochisme". Recuerdo que me escondía entre unos arbustos para ver a estas mujeres. Después iba a confesarme. El cura me dijo que no era pecado. ¡Claro que no, era fantástico...! Y no soy amoral al decirlo. El cura me dio "sugestiones". Esta catarsis de la confesión, antes de Freud... Yo salía de la iglesia después de confesarme y regresaba a casa corriendo, cantando, contento, libre. El domingo jugaba excelente fútbol. El lunes no me aparecía por el río, el martes tampoco, pero el miércoles, ya dudaba en si ir o no ir. El jueves estaba allí. Era la ambigüedad en la que yo caía. ¿Será posible escapar de la muerte? Es el mismo dilema. Yo era dos personas. Uno decía: tú no sirves, no vales, mientes a Dios, y el otro oía en silencio, humillado. Me destruía. De nuevo la confesión. El cura me dijo: "Oh, mi hijo... si vieras mi cara... verías que estoy sonriendo. No te preocupes. Algún día ya no te interesará ir al río. Necesitas hacerlo, biológicamente, psicológicamente, porque perdiste a tu padre". Mi padre murió en 1932. El me amó. Él me hubiera dicho ¡eres un sinvergüenza!... pero no lo dijo. Yo aprendí de él. Nunca se reprimió a nadie en mi casa, mis hijos crecieron libres. Yo aprendí a no tener miedo. En la escuela me hacían